



Estación

92-15

por Ignacio J. Atenas

Estación 92-15

Apresurado caminaba junto al andén, aterrorizado por el hombre que le venía siguiendo desde que atravesó la calle antes de que entrara a la estación. La gélida niebla congelaba sus huesos; ansioso miró su reloj, iluminando la lúgubre estación con la luz del dispositivo. Desde su oscuro y desordenado cabello, se dejaba ver la fría transpiración que ahora bañaba el blanco semblante, repleto de diminutos pelos que formaban una perfecta barba elegante.

El tren aún no llegaba y la densa neblina había espantado al resto de la gente, ahora sólo estaba él y el oscuro hombre de sombrero que le seguía de cerca.

Llegó hasta el otro lado de la estación deteniendo lentamente sus pasos; el hombre también se detuvo.

Con una voz temblorosa se incorporó, tambaleando su delgado cuerpo. – hola, ¿qué necesitas? –. Aquellos ojos rasgados le miraron atento, acercándose lentamente sin pronunciar palabra. A la proximidad, ya se dejaba ver el tren haciéndose espacio entre la álgida niebla. Un movimiento más, y el hombre le empujó bruscamente hacia la vía. El grito fue desgarrador, mientras el férreo metal de la vía rechinaba el incómodo y ensordecedor ruido. Dos segundos después el conductor detenía el vigoroso ferrocarril, acompañado de un fuerte estruendo. Aunque le intentaron buscar, no había rastros ni de la sangre ni del cadáver. Aunque sólo el conductor lo notó, el asesino había desaparecido entre la niebla, ahora más densa.

Agitado abrió los ojos, yacía en una estrecha y fría cabina. - ¿Dónde estoy?- pensó llorando y tocándose la frente como si hubiese recibido un fuerte impacto. Se incorporó rápidamente, notando que yacía en una cápsula de vidrio, recostado sobre una camilla, y rodeado de lo que parecían ser ordenados cubos de hielo que mantenían fría la cámara; a pesar de ello, su cuerpo permanecía caliente, y su corazón intensamente agitado.

Dos largos minutos estuvo allí despierto, intentado recordar lo que le ocurrió; sabía que debía haber muerto, pero en su cerebro pasaban como breves impulsos eléctricos las imágenes antes del accidente.

Un intermitente sonido venía repentinamente desde el exterior; parecía una alarma. La cápsula se abrió dejando la habitación a la vista, y por cuyas ventanas aparecían los enormes edificios y carreteras de la bella urbe. Los extraños hombres con las mascarillas amarillas, y los blancuzcos trajes ajustados le miraban atentos, como si fuera una pequeña rata de laboratorio.

Esos breves minutos le llenaron de miedo, estaba acongojado y parálítico mientras los operarios le observaban. Su cuerpo como un cadáver yacía situado inmóvil sobre la camilla, que a vistas de cualquiera parecía una máquina para

hacer radiografías. Uno de los hombres desconectaba lentamente unos cables y el otro, lentamente agarraba una fina jeringa desde un mesón quirúrgico situado al costado. Con los ojos enaltecidos y unas diminutas lagrimas que aparecían, la aguja atravesó la piel inyectándolo de energía; una enorme dosis de adrenalina, que le permitió salir del estado parálítico en que se encontraba. La sangre le subió repentinamente hacia la cabeza, mientras tocía con exageración.

- ¿cómo te sientes?, ¿fue placentero el viaje?- le interrogaba uno de los hombres, mientras se quitaba los azulosos guantes de nitrilo.

Con los ojos inmensamente abiertos, y observando el alrededor de la iluminada habitación Gutier se incorporó.

- ¿qué cojones pasó? -
- pronto recuperarás la memoria, ¡estuviste viajando!, ¿lo recuerdas? -

Con una expresión de sorpresa en el rostro, Gutier se levantó de la camilla, mientras los operarios le veían riendo.

- ¡no!. Yo estaba en la estación, trabajo para la Fundación -

Los azulosos ojos se miraron entre sí, y notaron que se habían equivocado. Errores como estos hacían desaparecer a los trabajadores, a los ciudadanos modelo; eran pocas las veces en que aquello ocurría, y se necesitaba de errores de sincronización espacio temporal, para sacar de sus cápsulas oníricas al resto de los operarios del departamento que vivían sus vidas metidos en las fantasías.

Gutier miró sus manos notando la extraña marca que tenía, era un corte, y ahí vio que su brazo ahora estaba bronceado, quemado por el sol, y sin embargo desde que tenía memoria su piel había sido blanca. Su impresión no duro más de un segundo, porque fue inmovilizado con la inminente toxina.

- ¡lo siento!, tarde o temprano el cerebro pone los límites -

Lo harían pasar como síndrome del viajero. Ahora estaba inmóvil, y a los ojos de cualquiera, un caso típico de parálisis vegetal. El informe diría que fue víctima de exposición prolongada; de todas formas, así terminaban todos declarados muertos, aun sabiendo que la persona en dicho cuerpo seguía consciente y viéndolo todo a través de los ojos. Ese era el caso de Gutier, atrapado en un cuerpo que no le pertenecía.

Los operarios le habían dejado adentro en la cápsula, para que lo hallasen muerto; pero sin embargo, habían olvidado quitar el reinicio automático, y se habían ido a tomar sus propios sueños, a encerrar en sus propias cápsulas. Horas más tarde Gutier abrió los ojos; yacía en el suelo de la estación de metro, el tren marcaba la parada: estación 92-15, y la misma densa neblina cubría todo, mientras una cálida joven corría a su auxilio.

Que te ocurran estas cosas no es común, pero yo había encontrado sus escritos en un viejo cuaderno, cuya tinta olvidada por el tiempo me había contado la más extraordinaria historia, una que debía contar y guardar en el corazón, una que debía moldear y esconder tras las palabras escritas en estas páginas, y ahora, pareciera estar allí, en el instante en que Gutier daba su último aliento pronunciándome como susurros las palabras al oído, y que ahora, años después tienen sentido: estación 92-15.

por **Ignacio J. Atenas**